

CREACIÓN LITERARIA

FRANCISCO FERNÁNDEZ DÍAZ-MARTÍN:

- De su poemario *El oasis de los sueños habitados*. Poemas:
«Desde que estás ausente», «Tarde de soñar contigo»,
«Vejez», «El perro vagabundo» 151

CÁCERES CULTURAL

ANTONIO JESÚS GONZÁLEZ PRADO:

- Noticias e información sobre el mundo
de la cultura y el arte 159

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

MANUEL PELLECE LANCHARRO:

- Cuba: la boca del caimán*, Badajoz 1998,
Diputación Provincial (Moisés Cayetano Rosado
y Moisés Cayetano Rodríguez) 171

MARCELINO CARDALIAGUET QUIRANT:

- Arias Montano en su entorno (bienes y herederos)*, Mérida
1998, ERE (Juan Gil) 172

- Juan Pablo Forner y su época*, Mérida 1998,
Editora Regional de Extremadura. Consejería de Cultura
y Patrimonio (Jesús Cañas y Miguel Ángel Lama) 173

- Darío Bacas. Ingeniero naval (1845-1913)*, Cáceres 1998,
Institución Cultural «El Brocense» (Pilar Bacas Leal) 174

CIPRIANO PALOMINO IGLESIAS:

- Las tierras de Granadilla. Desde Las Hurdes al Valle
de Ambroz*, Cáceres 1998, Patronato de Turismo
y Artesanía de la Excm. Diputación Provincial (V. AA.) ... 175

- El cronista oficial de Trujillo publica dos nuevos libros
y un cuadernillo de historia 176

LIBROS Y REVISTAS

CIPRIANO PALOMINO IGLESIAS:

- Libros y revistas recibidos en la Institución Cultural
«El Brocense» en el 4.º trimestre de 1998 181

Cualquier tiempo pasado...

Todos los ocasos son momentos prestos para los sosiegos del alma —como los quería santa Teresa—, y para reajustar tiempos y esperanzas, haciendo balance de los pasados y pergeñando los venideros.

Tiempos de reflexión y quizá de optimismo, si se aciertan a analizar con actitud benevolente para disculpar pecadillos, aunque a veces nos escueza la estulticia o la torpeza del tiempo que nos ha tocado vivir.

El anochecer de un siglo, ya casi a punto de cumplirse las doce señales conclusivas del actual —que según las medidas de nuestra fe y de nuestro tiempo, es el xx—, debe invitarnos a considerar sobre la veracidad y justeza de aquel poético y manoseado axioma que nos legó Jorjue Manrique de que «... cualquier tiempo pasado fue mejor». Especialmente cuando los síntomas y manifestaciones externas del que está concluyendo acusan en sus últimos latidos un estado decadente, desmayado y feble que puede tarar gravemente —si nosotros mismos no lo remediamos—, el amanecer del nuevo siglo, engendrado en nuestra conciencia con todo el sonrosado optimismo y doradas esperanzas que suelen provocar los natalicios, bien sean humanos, cronológicos, de épocas enteras o de proyectos inéditos.

La vigésima Centuria, que dirían los eruditos, muere vieja y torturada por una sociedad irreflexiva y frívola; carente de motivaciones que no sean estrictamente materiales o hedónicas. Cien años gloriosos que ven llegar su final rodeados de hijos despreocupados, pasotas, superficiales y vanales, que han olvidado los entusiasmos patrióticos o utópicos que hicieron posible en sus primeras décadas los grandes cambios y las apasionadas revoluciones que conmovieron al mundo. Cien años de tensiones dramáticas vertidas en auténticas catarsis de guerra y mortalidad; de odios irracionales entre pueblos y naciones; de fanatismos o apasionamientos multitudinarios transidos de fervor espiritual, sentidos con más fuerza que en centurias anteriores.

Los hijos del siglo prefieren al final de su historia, con el mismo entusiasmo y pasión, apiñarse en inmesas concentraciones rugientes y gesticulan-

tes ante efímeros ídolos creadores de una música estruendosa y atávica, concebida como una lava ardiente de ruido y sudor, primitiva y simple como los ritmos de la selva. O ante otros ídolos, igualmente decadentes y superficiales, contruidos de musculatura y grandes osamentas, que han sido vaciados de contenidos culturales, ideológicos o humanísticos.

En los últimos momentos de su larga existencia como inspirador de calendarios, está conociendo nuestro denostado siglo una sociedad absurda y desconcertada que aprueba y gratifica largamente la vacuidad espiritual o intelectual, que dilapida sus recursos en mantener los lujos exorbitantes y abstrusos de personajes desvaídos y desviados de la farándula o del espectáculo, mientras arrincona y margina a los que contribuyen realmente con su pensamiento y trabajo al perfeccionamiento y desarrollo de la misma sociedad.

El buen ciudadano de finales del siglo xx prefiere estar bien informado del fútbol, del baloncesto, del tenis o de otras causas de exudación corporal, que de los avances de la ciencia, del arte o de la cultura. Prefiere empaparse de las vacuidades fútiles y frívolas de la llamada «jet society», que de los acontecimientos que azotan a su propio mundo, o de los intentos que se emprenden para mejorar la convivencia y el desarrollo.

¡Es el signo de los tiempos! Siempre fue el signo de los tiempos en las épocas pretéritas, aunque esperemos —¡Oh ingenuidad!—, que no lo sea en las que ahora se abren hacia el porvenir. Y esto se debe a que los encargados y responsables de su información —incluso los encargados y responsables de ordenar la convivencia de los pueblos— prefieren, sin duda, cerebros planos y actitudes primitivas que ideas y pensamientos creadores de criterios y conciencias con los que pudiera tener que competir.

«Se dirige mejor a un rebaño que a un pueblo instruido». Por ello, los grandes descubrimientos de nuestro siglo en el campo de la política y del periodismo han ido siempre encaminados a mediatizar el pensamiento de las masas y a anular la conciencia de las multitudes con la cirugía de la propaganda, de la manipulación de los hechos o con la reiteración machacona de los espectáculos deportivos, hasta atrofiar la capacidad de reflexión o la exteriorización del libre albedrío.

«Panem et circenses»: vieja fórmula que los dirigentes romanos supieron emplear sobre las multitudes hasta embrutecerlas. «Pan y toros» o «Pan y fútbol»: traducción hispana del mismo remedio que va cuajando en la insensibilización cultural y política de las gentes autóctonas...

¡Cualquier tiempo pasado fue igual al actual!

MARCELINO CARDALLIAGUET
Director

ARTÍCULOS Y ESTUDIOS

